

motivos para desear la paz. Faltábanle los recursos, porque España no podía ni tenía voluntad de subvenir á los gastos de tantas y tan costosas guerras. Alarmábanle además los progresos de la reforma en Alemania y de los turcos en Hungría, y se susurraba ya que el rey de Francia andaba en tratos con Soliman contra él. Quería por otra parte pasar á Italia á recibir la corona de oro de mano del pontífice, y por todas estas razones le convenia la paz.

Las negociaciones entre el papa y Carlos V fueron las que mas pronto llegaron á concierto. El jefe de la Iglesia creyó deber olvidar los insultos recibidos de los imperiales á trueque de recobrar el patrimonio de San Pedro, usurpado y dividido por sus malos aliados; y Carlos V, cuyos soldados habian saqueado á Roma y ultrajado la dignidad pontificia, queria justificarse de aquellos escándalos á los ojos de la cristiandad, reconciliándose con el papa y favoreciéndole, y como poner á Dios de su parte para combatir á reformistas y á infieles. Con esto, hallándose el emperador en Barcelona, se ajustó entre los dos un tratado de alianza (20 de junio, 1529), por el cual, entre otros capitulos, se acordó: que el papa dejaria paso libre por sus tierras al ejército imperial de Nápoles; que pondría por su mano en la frente de Carlos la corona imperial; que le daría la investidura del reino de Nápoles sin otro feudo que el de la hacanea blanca cada año; que la causa del duque Sforza de Milan se someteria al fallo de jueces imparciales; que serian absueltos todos los que habian tomado parte en el asalto y saco de Roma; que el emperador, su hermano Fernando y el papa Clemente traerian de grado ó por fuerza á los luteranos á la verdadera fe católica; que en cambio el emperador haría devolver al dominio de la Santa Sede todas las ciudades que le habian sido usurpadas por los venecianos y el duque de Ferrara; que restableceria en Florencia el gobierno de los Médicis, y daría en matrimonio su hija natural Margarita al bastardo Alejandro Médicis, jefe de la familia, que tomaría título y soberanía de duque (1).

Mientras esto pasaba, dos ilustres damas habian tomado á su cargo la noble y santa obra de dar á Europa la paz que tanto anhelaba; y habiendo convenido en avistarse en Cambray, ellas solas, sin intermediarios, sin ruido y sin ceremonias ni formalidades, celebraban sus conferencias encaminadas á tan loable fin. Eran estas Margarita de Austria, viuda de Saboya, tia del emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I de Francia, mujeres ambas de eminente talento, y ambas versadas en los negocios públicos y en los secretos de sus respectivas cortes. La noticia del tratado de Barcelona les hizo abreviar sus negociaciones amistosas, que dieron por resultado la *Paz de Cambray* (5 de agosto, 1529), por otro nombre llamada *Paz de las Damas*. Sirvióles de base para este tratado la Concordia de Madrid, de la cual vino á ser una modificación la de Cambray. En ella se estipuló que Francisco pagaría dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos, entregando antes todo lo que poseía todavía en el Milanesado; que cedería sus derechos á la soberanía de Flandes y de Artois, renunciando igualmente sus pretensiones á Milan, Nápoles, Génova y demás ciudades de allende los Alpes; y que Carlos no demandaría por entonces la restitucion de Borgoña, mas con reserva de hacer valer algun día sus derechos, contentándose con el Charolais, que volvería despues de su muerte á la corona de Francia (2).

Por este tratado, poco menos ignominioso al monarca fran-

(1) Guicciard. lib. XIX.—Varchi, p. 224 y sig.—Robertson, libro V.—Sandoval, lib. XVII.

(2) Tratados de paz.—Rimer, Feder.—Sandoval inserta la letra del tratado, que consta de cuarenta y cuatro capítulos, y es larguísimo.

cés y á su reino que el de Madrid, quedó Francisco desacreditado á los ojos de Europa, é indignó á sus aliados, por quienes nada hizo, dejándolos comprometidos y sacrificados; pues mientras el emperador cuidó de asegurar los intereses de todos sus amigos, sin olvidar á los herederos del duque de Borbon, á quienes se habian de restituir todos sus bienes, Francisco no mencionó á nadie, como abandonándolos todos á merced de su rival, y aun se humilló hasta el punto de comprometerse á no dar asilo en sus Estados á los que hubieran hecho armas contra el emperador. «La Francia misma, dice un moderno historiador francés, abatida por tantos desastres, habia muerto como su rey al sentimiento del honor, tan vivo comunmente en ella. La paz la indemnizaba de todas sus afrentas, y ningun precio le parecia caro para comprarla. Los pueblos, como los individuos, se pervierten en la adversidad, y el sentido moral, borrado en el monarca, dormitaba tambien en el país. De todos los historiadores nacionales no hay uno solo que proteste, en nombre de la antigua lealtad de la Francia, contra este inmoble abandono de todos sus aliados. La impaciencia de Francisco por ver á sus hijos y por dar la paz á su reino lo disculpa todo á sus ojos.»

Comprendemos el justo dolor que á un francés ha debido causar un tratado en que el rey de Francia despues de nueve años de guerra se despojaba de todo, mientras su victorioso rival despues de haberle vencido con las armas le humillaba con capitulos, quedaba árbitro de los países disputados, y le imponía condiciones como señor. Pero en el estado á que habian llegado las cosas, ¿podía resolverse la cuestion de un modo mas ventajoso á la Francia? Culpa era de Francisco ó de su carácter la tibieza y flojedad con que proseguía siempre planes y operaciones comenzadas con vigorosa energía, y distraerse con cortesanas y palaciegos mientras sus soldados morian de hambre ó de peste, ó á las descargas de los arcabuces enemigos. Culpa suya era haber puesto á sus mejores generales en el trance de abandonarle por despecho, y de vengar sus injurias, yendo á servir de poderosos auxiliares á un contrario que sabia explotar con destreza las injusticias de su rival y los resentimientos de sus grandes vasallos. Culpa seria de la reina de Francia, madre de Francisco, si es cierto que guardaba en sus cofres un millon y quinientos mil escudos, mientras Milan se perdía por no haber con qué pagar á los soldados franceses, y el ejército de Lautrec perecia de miseria bajo los muros de Nápoles.

Mérito fué de Carlos haber sido siempre enérgico en sus resoluciones y no haber aflojado nunca en sus planes; haber dirigido la política de Europa desde España; haberse aprovechado con sagacidad de los menores descuidos ó errores de sus adversarios, y no haber malogrado ninguna coyuntura de que pudiera sacar ventaja. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos la diferencia en las prendas y talentos de los generales con que contaba cada uno para la ejecucion de sus designios políticos y para la direccion de las campañas: porque si La Tremouille y Lautrec eran entendidos y esforzados capitanes, ni Chabannes, ni Bonnavet, ni Saluzzo, ni Urbino, ni Saint-Pol, reunian al valor, la prudencia y la astucia, como Pescara, Lannoy, Leiva, el del Vasto, Orange y Moncada. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos que los mismos tráfugas de las banderas francesas, Moron, Borbon y Doria, fuesen los mas decididos campeones de la causa del emperador, los mas terribles adversarios del francés, y dos de ellos consecuentes siempre y admirablemente leales á las banderas del imperio.

Tales diferencias no podian menos de conducir á resultados como la Concordia de Madrid y como la Paz de Cambray.

## CAPÍTULO XIV

### ESPAÑA

#### Sucesos interiores

DE 1524 Á 1528

Sublevacion de los moros en Valencia.—Sus causas.—Medidas y providencias del emperador para reducirlos.—Conversiones ficticias.—Rebelion y sumision de los Benaguacil.—Gran levantamiento de moros en la sierra de Espadan.—Dificultades para someterlos.—Son vencidos y subyugados.—Movimiento de los moros de Aragon.—Quejas de los de Granada.—Providencias para traerlos á la fe.—Reclamaciones que hicieron, y gracias que se les otorgaron.—El palacio de Carlos V en Granada.—Carácter de las cortes de Castilla en este tiempo.—Las de Toledo y Valladolid: firmeza é independencia con que obraron.—Las cortes en Aragon.—Cortes de Monzon.—Petitiones notables.—Situacion de los príncipes franceses en Castilla: cómo eran tratados los hijos de Francisco I.—Preparase el emperador á salir de España.—Carlos V en Zaragoza.—Canal imperial de Aragon.—Pasa el emperador á Barcelona.—Embárcase para Italia.

De tal magnitud é interés eran los acontecimientos europeos, en que el emperador Carlos V aparecía como el principal movedor ó agente, que los historiadores de este reinado, en general, olvidando la España por Europa, al reino por el imperio, y por el emperador al rey, apenas apuntan ligeramente lo que aqui acontecía y pertenece á la vida propia y especial de nuestra nacion. Nosotros, historiadores de España, que vemos aqui siempre el centro natural y perenne de su vitalidad, por mas que parezca derramarse toda fuera y salirse por largos periodos de sí misma, no podemos menos de concentrarnos tambien de tiempo en tiempo para no perder de vista el enlace de su pasado, de su presente y de su futuro dentro de sus límites naturales, á que al fin habrá de tener que reducirse. Anudaremos pues los principales sucesos interiores que aqui acontecieron desde que Carlos regresó de Flandes hasta su marcha á Italia, para la cual quedaba preparándose en Barcelona despues de su concierto con el pontífice Clemente.

Terminadas durante su ausencia las alteraciones de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia, todavía llegó á tiempo de tener que presenciarse y buscar remedio á otras turbaciones, consecuencias y restos de la gran lucha pasada de los españoles con los musulmanes, que él habria oído solamente contar desde lejos, y de la mas reciente de las germanías, que tampoco habia presenciado.

El lector recordará (1) que los agermanados de Valencia hicieron recibir por fuerza el bautismo á los moros de aquel reino que se habian alzado en defensa del partido de los nobles, de quienes dependian. Pues bien, aquellos moriscos así bautizados, como que solo cediendo á la violencia habian abjurado la fe de sus padres á que interiormente estaban muy adheridos, abandonaron pronto el culto y las prácticas cristianas, y volvieron inmediatamente á sus ritos y ceremonias musulmicas (1524), contentos con pagar doble tributo á sus señores á trueque de no renunciar á sus creencias, y tolerándolos los caballeros, así porque habian sido sus defensores, como porque eran los vasallos que mas rentas les pagaban. Noticioso de esto el emperador por diferentes conductos, reunió una junta de teólogos en union con los Consejos de Castilla y de la Inquisicion, que se congregaron en el convento de San Francisco de Madrid, para consultarles si á los moros así bautizados por fuerza los podría compeler á hacerse cristianos ó salir de España. Todos contestaron afirmativamente, á excepcion de fray Jaime Benet, varon eminente y docto, que por espacio de treinta y ocho años habia enseñado derecho canónico y civil en la universidad de Lérida, el cual opinó que no debia forzárseles á recibir el bautismo, porque si antes eran moros, despues serian apóstatas. Este prudente consejo fué desestimado, y siguiendo el de la mayoría expidió una real cédula (4 de abril, 1525) declarando cristianos y con las obligaciones de tales á los que de aquella manera se habian bautizado, y envió á Valencia al obispo de Guadix, comisario del

(1) Véase nuestro cap. VIII de este mismo libro.

inquisidor general, con oficiales del Santo Oficio y con dos predicadores, uno de ellos el célebre fray Antonio de Guevara (mayo). Estos, en cumplimiento de su comision, hicieron pregonar y citar por carteles á todos los moros, para que en el término de treinta dias viniesen á la obediencia de la Iglesia, bajo la pena de muerte y confiscacion de bienes á los rebeldes y contumaces.

Los mas de los moros, en vez de acudir á la citacion, se subieron en número de quince á diez y seis mil á la sierra de Bernia, donde se mantuvieron algunos meses; al cabo de los cuales, movidos por todo género de exhortaciones y amenazas, descendieron (setiembre) temerosos de que se ejecutaran las órdenes severas del emperador. Desde entonces y en los dos meses siguientes no se daban vagar los bandos y pregones públicos, ordenando sucesivamente que ningun moro saliera de su lugar, so pena de ser esclavo del que le hallare fuera; que llevasen un distintivo en el sombrero; que no pudieran usar armas; que no practicaran ninguna ceremonia de su antiguo rito; que asistieran á todas las solemnidades religiosas de los cristianos é hiciesen lo mismo que ellos; que en el término de tercero dia cerraran todas sus mezquitas; y que toda persona, bajo pena de excomunion, delatase á los que faltaren á cualquiera de estos mandamientos. Por último, viendo su general desobediencia, se publicó solemnemente un edicto de la majestad cesárea mandando que todos los moros, hombres y mujeres, hubieran de estar fuera del reino de Valencia para fines de diciembre, y para último de enero fuera de España, habiendo de embarcarse precisamente en el puerto de la Coruña, y marcándoles el itinerario por Requena, Utiel, Madrid, Valladolid, Benavente, Villafranca y la Coruña. La circunstancia de prescribirles para su embarque el puerto mas lejano, discurre un historiador valenciano, llevaba el doble objeto de que no se quedasen en las fronteras de Africa, y que consumieran en tan largo camino el dinero que llevaban, cuando no tuviera tambien el de que con algun movimiento dieran ocasion á que los degollaran en Castilla (2).

Apretados los moros para su marcha, acudieron los mas interesados de entre ellos, con seguro de la reina doña Germana, lugarteniente y gobernadora del reino de Valencia, á la corte del emperador, y propusieronle que si les otorgaba cinco años de tiempo para hacerse cristianos le asistirían con cincuenta mil ducados. Respondióles ásperamente el emperador que no tenia necesidad de sus dineros. Suplicaronle entonces que les permitiera embarcarse en Alicante, y tambien les fué negado. Ofrecieronle que se harían cristianos con tal que en cuarenta años no los juzgara el tribunal de la Inquisicion, y la respuesta definitiva de Carlos fué que les prorrogaría el plazo de su salida hasta el 15 de enero (1526), y que si para entonces no estuviesen ya en camino serian confiscados sus bienes y ellos quedarían esclavos (3). Todavía insistieron los moros en hacer nuevas súplicas al emperador y al inquisidor general que se hallaban en Toledo, por medio de sus síndicos que al efecto despacharon. Sus petitiones obtuvieron casi el mismo resultado que las primeras, si bien se les otorgó otra pequeña próroga de una semana para abandonar sus hogares.

Llevada por los comisionados esta última contestacion á sus correligionarios, resolvieron sucumbir á la necesidad, y pidieron el bautismo á los comisarios imperiales, los cuales los rociaron solemnemente con el agua bautismal, usando de la aspersion, por ser tan crecido su número que no era posible hacerlo de otro modo; cosa que dió gran contento al pontífice, al emperador y á los inquisidores. Mas luego se supo que habian disminuido notablemente el censo personal, y que los mas se alababan de no haber quedado bautizados, por no haber tenido intencion, y hasta se jactaban muchos de no haberles tocado siquiera una gota de agua, pues para

(2) Escolano, Décadas de la Historia de Valencia, part. II, libro X, capítulo 25.—Gonzalo de Oviedo, Relacion de los sucesos, etc. MS. de la Biblioteca nacional.—Reales cédulas y edictos de 4 de abril, 14 de mayo, 13 de setiembre, 9 y 21 de octubre, 18 y 25 de noviembre de 1525.

(3) Escolano, ibid. cap. 26.—Bando publicado en Valencia el 2 de enero.

que esta no les llegase se habian arrojado maliciosamente al suelo.

«Había en Valencia, dice el obispo Sandoval, cuando se hizo esta conversion, veintidos mil casas de cristianos y veintiseis mil de moros (1). Y de toda esta morisma, añade el historiador prelado, *no se bautizaron seis de su voluntad*; mas por no perder la hacienda se dejaban poner la crisma, y por no verse cautivos decian que querian ser cristianos.»

Menos hipócritas los de Benaguacil, habianse resistido abiertamente y fortificádose en su villa, junto con los de los vecinos lugares. Menester fué que salieran de Valencia á atacarlos hasta dos mil hombres con su correspondiente artillería. Defendiéronse valerosamente los sarracenos, y sostuvieron el sitio hasta el 15 de febrero (1526), en que habiendo acudido el gobernador Cabanillas con cinco mil soldados mas, hubieron de rendirse y someterse á las condiciones de los bandos, si bien la pena de cautiverio y confiscacion se les conmutó en una multa de doce mil ducados.

Pero los mas lograron fugarse y refugiarse á la fragosa sierra de Espadan, que está á la vista de Segorbe, entre el valle de Almonacid y la villa de Onda. Allí los siguieron millares de moros de toda la comarca, resueltos á perecer á fuego y sangre en aquellos ásperos riscos antes que renegar de su fe. Lo primero que hicieron fué juntarse para nombrar un rey, recaeando la eleccion en un vecino de Algar, que tenia fama de valeroso y entendido, y se hizo llamar Zelím Almanzor. Hizo Zelím construir multitud de chozas en derredor de los sitios donde habia agua. Fortificó en escalones todas las laderas de la sierra, y cortando peñascos dispuso labrar lo que llamaban galgas y muelas, para derrumbarlas por las cuevas abajo contra los que intentasen subir, además de la escopetería y ballestería de que estaban bien provistos. Así sucedió. Dos mil hombres que al mando del duque de Segorbe fueron de Valencia á atacarlos en aquellas rudas fortalezas, en el primer asalto que intentaron (abril, 1526) recibieron tanto daño de los tiros de ballestería, y mas de las galgas y muelas que de lo alto de los riscos sobre ellos se desgajaban, que tuvieron que retirarse con gran pérdida á Segorbe, no sin que los soldados murmuraran del duque, diciendo que hacia con poco calor la guerra, porque los mas de los rebeldes eran sus vasallos.

Aprovecháronse los moros de aquella retirada para descender á los pueblos inmediatos á la sierra á proveerse de bastimentos, y en una de estas devastadoras excursiones entraron en Chilches, lugar de cristianos viejos, degollaron los pocos vecinos que no pudieron huir, penetraron en la iglesia, y entre otras alhajas robaron la arquilla del Sacramento con las sagradas formas y se la llevaron á la montaña. La noticia de este sacrilegio inflamó en ira á los de Valencia, y aprestáronse todos á marchar á la sierra de Espadan, ansiosos de escalear á los sacrilegos y de rescatar tan precioso depósito de manos de sarracenos. El clero, á quien no se permitió ir á la guerra, significó su tristeza cubriendo de luto todos los altares del arzobispado como en la semana de Pasión; suspendiendo las procesiones y fiestas públicas, y no empleando sino ornamentos negros para todos los oficios divinos. Sacóse de Valencia el estandarte de la ciudad (julio), y en pos de él se puso en marcha una hueste de tres mil hombres, conducida por el gobernador y por los principales caballeros valencianos, la cual se incorporó con el duque de Segorbe y su gente en Nules. Fuéronseles agregando multitud de nobles é hidalgos de todo el reino con sus contingentes, hasta reunir un ejército formal (julio, 1526). El duque ordenó una batalla, en que venció á la morisma que andaba fuera de la montaña, persiguiéndolos hasta la falda de la sierra de Espadan, y cogiéndoles un botín que graduó en valor de treinta mil ducados. Mas no se conceptuó el de Segorbe con gente bastante para acometer una sierra tan vasta, enriscada y fortalecida.

El legado del papa Clemente, que habia venido á tratar negocios con el emperador y llegó á tal tiempo, concedió indulgencias á los que hicieran la guerra á los moros de Espadan: los caminos se cubrian de compañías de soldados que

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V, lib. XIII.

enviaban las ciudades: la diputacion, el clero, la nobleza, el comercio, todas las clases de Valencia á porfia facilitaron un empréstito cuantioso para que no faltase dinero y viandas á la gente de guerra. Con esto comenzaron de recio los combates (agosto), que diariamente se repetian y menudeaban; pero siempre vigilante el reyezuelo Zelím y sus moros, cada asalto que se intentaba á la enriscada sierra costaba muchas victimas. Los cristianos solian trepar denodadamente y con desesperado arrojo por los cerros, pero tambien bajaban los mas rodando y mezclados con los peñascos que los moros arrojaban de la cumbre. Así trascurrieron dos meses, sin poder ganar aquellas rústicas trincheras, con poca reputacion del general duque de Segorbe, cuyas órdenes de retirada, producidas por la compasion de ver perecer tanta gente, se achacaban á falta de interés ó á sobra de tibieza.

Suplicaron pues el de Segorbe, el gobernador Cabanillas y la reina Germana al emperador, diese orden para que los cuatro mil alemanes que habia traído consigo de los Países Bajos, y á la sazón iban á embarcarse para Italia, se reuniesen al ejército valenciano y le ayudasen á guerrear á los moros de la montaña. Parecióle bien al emperador, y así lo ordenó. Reforzados, pues, los de Valencia con los cuatro mil tudescos, pudieron ganar una sierra contrapuesta á la de Espadan, y que servia como de paso para ella, de lo cual le quedó desde entonces el nombre de *Montaña de los Cristianos*. Fuertes ya en aquella posición, decidió el de Segorbe dar una batida general á la sierra por cuatro diferentes puntos á un tiempo, á cuyo efecto dividió toda su gente en cuatro grandes escuadrones. Hizose el asalto con tan horroroso estruendo (19 de setiembre, 1526), que parecia hundirse ó desmoronarse aquella nueva Alpujarra. Sobre diez mil cristianos trepaban simultáneamente por ágrios recuestos, deshaciendo trincheras y reparos, en cada uno de los cuales tenian que sostener un reñido y vigoroso combate. Todo al fin se fué rindiendo á su esfuerzo, y el alférez Martín Vizcaino fué el que tuvo la gloria de plantar su bandera en el castillejo de la cumbre en que tenian su principal fuerza los sarracenos. Sobre dos mil moros quedaron muertos, y otros tantos prisioneros: los demás huyeron por la sierra, ó se acogieron á la Muela de Córtes, donde poco mas adelante (10 de octubre) se dieron á merced del emperador. Muchos cristianos murieron tambien, y caballeros de cuenta recibieron muy graves heridas. Solo la parte de botín de esta victoria, que se vendió despues públicamente, valió doscientos mil ducados (2).

Día de gran júbilo fué para Valencia cuando se vió llegar á la ciudad el ejército vencedor, marchando delante mil albarderos tudescos con ocho banderas desplegadas; detrás ocho compañías de valencianos con el venerado estandarte de la ciudad, y por último el resto del ejército con sus respectivos capitanes y enseñas. Dieron todos un paseo triunfal por las calles de la poblacion hasta dejar el estandarte en la sala en que se custodiaba siempre. Los alemanes se embarcaron á los pocos dias para su destino: el emperador hizo mercedes á los capitanes y caballeros que mas se habian señalado: á los moros que habian sido cabezas del alzamiento se les dió garrote: se desarmó á todos; se derribaron sus pulpitos, se quemaron sus libros, se bautizó á los que no lo estaban, y se les predicó y enseñó la doctrina del Evangelio, para no tardar en experimentar cuán poco habia de durarles y de cuán poco provecho habia de ser una fe impuesta por la fuerza (3).

Mientras tan grave rebelion habian movido los moros valencianos, agitáronse tambien los de Aragon, intentaron sublevar todo el reino, y tomaron las armas los de Villafeliz, Riela, Calanda, Muel y otros lugares (marzo, 1526), y algunos dieron la mano á los de Valencia. Hubo tambien cédulas

(2) Escolano, Décad. Parte II, lib. X, c. 26, 27 y 28.—Dormer, Anales de Aragon, lib. II, c. 1, 8 y 9.—Sandoval, lib. XIII, párr. 28 y 29.—Oviedo, MS. de la Biblioteca nacional, G. 53.—Boix, Historia de Valencia, lib. VII.

(3) El mismo Gaspar Escolano dedica un largo capítulo, que es el 33, á probar con ejemplos lo inseguro y lo perjudicial de estas conversiones forzadas.

imperiales, bandos y pregones en Zaragoza; pero estos fueron mas fácilmente reducidos, desarmados y castigados, y condescendieron en recibir el bautismo, de tan mala voluntad y con no menos dolo y ficcion que los de Valencia (1).

Tambien se tomaron providencias, aunque de otro género, con los de Granada. Cuando el emperador, celebradas sus bodas en Sevilla, pasó á la antigua corte del reino musulman (porque todas estas cosas acontecieron durante la cautividad de Francisco I en Madrid y las bodas de Carlos V con Isabel de Portugal), los regidores granadinos le presentaron un memorial de los agravios que á los moriscos hacian los clérigos, escribanos y alguaciles (junio, 1526). El emperador le remitió al Consejo, y en su virtud se acordó enviar visitadores por el reino para averiguar así la certeza de los agravios como el proceder de los moriscos en materias de religion. De la visita resultó ser muy fundadas y graves las quejas de los moriscos, pero tambien se halló que de todos los bautizados veintisiete años hacia, no llegaban á siete los que habian dejado de ser mahometanos. Para remedio de esto, que en aquel tiempo era gravísimo escándalo, congregó el emperador en su capilla al arzobispo de Sevilla don Alonso Manrique, inquisidor general, al arzobispo de Granada, á los obispos de Guadix, Almería, Osma, Mondoñedo y Orense, al comendador mayor de Calatrava, á varios consejeros de Castilla, y á su primer secretario Francisco de los Cobos. En esta especie de asamblea-concilio se determinó: que la Inquisición de Jaen se trasladase á Granada para freno y terror de los conversos: que los moriscos no hablasen algarabía sino en sus aljamas: que todas las escrituras las hiciesen en lengua española: que dejaran sus trajes y vistieran como los cristianos: que los sastres no les cortaran vestidos, ni los plateros les labraran joyas á su costumbre y estilo: que á los partos de las moriscas asistieran cristianas viejas, para que no usaran de ceremonias musulmanas; y que en Granada, Guadix y Almería se erigieran colegios para la educacion y enseñanza cristiana de los niños de los moriscos.

Haciaseles sobre todo insoportable el tribunal de la Inquisición, «con tantos ojos para sus delitos, y con tantas manos para el despojo legal de sus bienes (2).» Como medio para obtener alguna indulgencia ofrecieron al emperador servirle con ochenta mil ducados, además de sus ordinarios tributos. El expediente surtió su efecto. Hizoseles merced de que sus bienes no fuesen confiscados por el tribunal, de que ellos pudiesen usar el traje morisco durante el beneplácito del emperador, y de poder llevar espada y puñal en poblado y lanza en el campo.

De aquellos ochenta mil ducados, despues de haber destinado una parte á la fundacion de un hospital de niños expósitos, dedicó los diez y ocho mil para que se comenzase á levantar un magnifico palacio en el recinto de la Alhambra, donde él se aposentaba, frente á la plaza de los Aljibes, obra á que se dió principio el año siguiente con gran solidez y suntuosa magnificencia, y que continuada despues y embellecida con elegantes pórticos y columnas circulares y con delicados y maravillosos adornos, no llegó nunca á concluirse; y hoy el palacio de Carlos V en la Alhambra de Granada es uno de los muchos monumentos que hacen al viajero y filósofo lamentar el abandono y la incuria con que desgraciadamente suelen mirarse en nuestra patria las mejores obras del genio y del arte.

En aquella ciudad nombró el emperador su consejo de Estado, y convocó las córtes de Castilla para enero del año próximo en Valladolid. Condúcenos esto naturalmente á considerar el carácter y fisonomía de las córtes españolas en la época en que nos hallamos.

Desde las malhadadas córtes de Santiago y la Coruña, en que el influjo de la autoridad real menoscabó lastimosamente la antigua integridad é independencia de los representantes y procuradores de los pueblos de Castilla, y mas desde que las libertades castellanas quedaron ahogadas y muertas en los campos de Villalar, Carlos V, poco afecto á la intervencion del elemento popular en los negocios del Estado, solo convocaba las córtes cuando le hacian falta subsidios, y no congregaba

(1) Dormer, Anales de Aragon, lib. II, cap. 1.—Zayas, Anal. c. 130.

(2) Dormer, Anal. lib. II, c. 7.—Sandoval, lib. XV.

los brazos del reino sino para pedirles dinero. Las córtes de Toledo de 1525 le sirvieron con doscientos cuentos de maravedís. Y sin embargo, próceres y diputados, no pudiendo olvidar sus antiguas prerogativas y deberes, procuraban todavía aprovechar aquellas reuniones para proponer y acordar algunas medidas conducentes al mejor gobierno de los reinos. Aconsejado fué por las córtes al rey su matrimonio con la princesa Isabel, y no dejaron de hacerse algunas leyes saludables y de provechosos resultados.

Las de Valladolid de 1527 dieron todavía una prueba mayor y mas solemne de que aun no se habia extinguido en los corazones castellanos el espíritu de su antigua dignidad, entereza é independencia. Convocadas para pedirles un servicio extraordinario, creyó el emperador de necesidad preparar los ánimos con un largo discurso, que mandó leer al secretario Juan Bazquez (3). Comenzó en él manifestando su confianza en la lealtad castellana y ponderando su amor á los reinos españoles; prosiguió exponiendo las causas de las guerras y los triunfos de las armas imperiales; continuó informando de los proyectos del rey de Francia, de los progresos del turco en Hungría, de su intencion de unir las armas de toda la cristiandad contra los infieles, para concluir pidiendo las cantidades y sumas que les pareciese necesarias para realizar sus grandes, patrióticos y santos proyectos (4). Á pesar de tan especiosas razones, presentadas con tan modesta y aun humilde urbanidad por el emperador, las cortes le negaron el subsidio. No seducía á los castellanos el brillo de las conquistas exteriores, tuvieron presente la pobreza de los pueblos, y no quisieron sobrecargarles con nuevos tributos para emplearlos en guerras extrañas. Clero, nobleza y procuradores, todos los brazos del Estado, contestaron unánimemente y con igual firmeza, al propio tiempo que con cortesía, que sus personas y haciendas las pondrían gustosos al servicio de S. M., pero que como tributo otorgado en córtes no les era posible concederle, porque no lo consentiria el estado de los pueblos (5).

Como Aragon habia sufrido menos en sus franquicias, sus córtes conservaban tambien mejor su antiguo carácter. Á propuesta de la diputacion permanente del reino en Zaragoza, el emperador habia convocado las generales de Aragon, Valencia y Cataluña para junio de 1528 en Monzon, pueblo que solia elegirse por su comodidad para las asambleas de las tres provincias. Quería el emperador abrirlas en persona, y despues de haber asistido á la jura solemne de su hijo don Felipe (19 de abril), como príncipe de Asturias y sucesor de la corona, en Madrid, pasó á Valencia á recibir el juramento de fidelidad de los tres estados de aquel reino (4 de mayo), y en seguida se trasladó á Monzon. Abiertas las córtes (1.º de junio), y colocado en un solio régio, pronunció el razonamiento de costumbre, concluyendo por pedir que se habilitara al duque de Calabria don Fernando de Aragon, su primo, para que en su nombre continuara y concluyera aquellas córtes, en razon á tener él que ausentarse del reino.

Merecen notarse algunas de las peticiones hechas en las córtes de Monzon, respondidas favorablemente por el rey. Que los oficios y beneficios de los reinos de la corona de Aragon se den á naturales y no á extranjeros:— que se sirva S. M. C. de aragoneses:— que se puedan sacar caballos de Castilla para Aragon:— que se observe lo suplicado en las córtes de 1518 sobre abusos de los ministros de la Inquisición:— que los inquisidores no entiendan sino de los delitos de herejía:— que los inquisidores no se entrometan en las causas de usura, sino que las dejen á los jueces ordinarios:— que se suplique á Su Santidad dispense de la observancia de algunas fiestas. «Por cuanto (decian) por la esterilidad de la tierra y pobreza de la gente comun, la observancia de las fiestas es muy danjosa al reino: Por ende suplican á S. M. quiera favorecer al reino para impetracion de una bula apos-

(3) «Yo os he mandado llamar y juntar aquí, dijo Su Majestad Cesárea, para os hacer saber las causas porque habeis sido llamados, como lo vereis por una escritura de proposición que aquí se leerá.»

(4) Este notable discurso, de que no habian hablado los historiadores, le puso íntegro Dormer en el cap. 21, lib. II de sus Anales.

(5) Cuadernos de córtes.—Sandoval, lib. XVI.—Dormer, Anales de Aragon, lib. II.

tólica, con la cual S. S. absuelva á los aragoneses de la observación de las fiestas, así votivas como en otra manera mandadas guardar; exceptados domingos, pascuas, días de Nuestro Señor, fiestas de Nuestra Señora, doce Apóstoles y San Juan Bautista (1).»

Por estas y otras semejantes peticiones que omitimos se ve el descontento y la queja general que producían los abusos del Santo Oficio y su intrusión en causas y negocios que no eran de su competencia y jurisdicción: así como es digno de observarse un pueblo que avanzaba ya á pedir la reducción de las festividades religiosas, como dañosas á la prosperidad del reino y al bienestar de los ciudadanos; reforma á que ha habido pocos pueblos que se hayan atrevido á aspirar todavía, aun con el convencimiento de sus ventajas.

Atendidas las razones del rey y la necesidad en que se hallaba, acordaron los cuatro brazos de los tres reinos otorgarle un servicio extraordinario de doscientas mil libras, aunque por aquella vez solamente y con las reservas y seguridades acostumbradas (9 de julio); y complaciéronle también en lo de habilitar al duque de Calabria para presidente de las cortes durante su ausencia hasta su conclusión, con protesta igualmente de que aquel caso «no hiciera ni causara perjuicio alguno á los fueros, libertades, y privilegios, usos y costumbres del reino, sino que aquellos y estas quedaran en toda su eficacia, fuerza y valor, sin que pudieran servir de precedentes ni citarse como ejemplo en lo sucesivo.» Prorogó el emperador las cortes de Monzon para Zaragoza, y allí juró solemnemente en presencia de los cuatro brazos la observancia de los fueros aragoneses (fin de julio), y nombró á don Juan de Lanuza virey y lugarteniente suyo en aquel reino.

Penetrado estaba ya á este tiempo el emperador de que los negocios generales de Europa, en todos los cuales andaban mas ó menos directamente mezclados los intereses de sus vastos dominios, le obligarian á salir otra vez de España, y él lo deseaba también, convencido de la utilidad de su presencia para asegurar su dominación en los agitados países de Italia y Alemania, y al objeto que tanto apetecía de ser coronado Rey de Romanos. Y sin perjuicio de dar desde aquí admirables instrucciones á sus generales de Italia, instrucciones que revelan cuánto había ido creciendo la capacidad de este príncipe, cuyas facultades intelectuales se habían creído al principio hartamente limitadas (2), solo esperaba ya el resultado de las negociaciones pendientes para la paz general que dejamos apuntadas. Entre tanto levantaba en España gente de guerra, y aparejaba la armada que había de llevar consigo, porque como él decía: «Para poder alcanzar la paz es menester tener las cosas de la guerra tan á punto y bien aparejadas, que nuestros enemigos tengan mas ganas de consentir en los medios razonables para haber paz que no lo han hecho hasta agora (3).»

Á fin de poner al rey de Francia en trance y necesidad de hacer mas sacrificios por el rescate de sus hijos, estrechó mas la prision de los príncipes, de cuyo servicio había separado ya á los criados franceses, y escribía al condestable de Castilla que los tenía á su cargo en la fortaleza de Villalpando: «Que aunque mi voluntad es que ellos sean muy bien proveídos y servidos, como es razon, no hay necesidad que se les señalen personas con títulos de oficios, ni tan principales como allí vienen, sino que tengan cargo de servirlos, así en la mesa como en la cámara, tres ó cuatro personas de recaudo y confianza que haya, sin ninguna cerimonia, pues con los prisioneros no se acostumbra ni es menester (4).» Y en otra decía: «No debeis dejar entrar á verlos á ninguno de los que van á ello, aunque sean grandes y otros caballeros; no por desconfianza que se tenga de los que van, ni que por vuestra parte

(1) Dormer, Anales, lib. II, c. 41.

(2) Conservárase una larga carta suya escrita en este tiempo á Antonio de Leiva, instruyéndole en todo lo que allí debería hacerse mientras él disponía su viaje, en la cual se ve, así la extensión de sus miras, como el cuidado con que sabía atender á los pormenores de cada asunto.

(3) Carta á Antonio de Leiva.

(4) Carta de Carlos V al Condestable, de Burgos á 2 de febrero de MDXXIX.

ha de faltar buen recaudo, sino que por algunos buenos respectos conviene que no piensen que se hace de ellos tanta cuenta; y siendo avisados de esto los que los vienen á ver, dejarlo han de hacer, y será provechoso, y así vos ruego y encargo se haga.»

Instábanle ya al emperador sus generales de Italia á que apresurase su viaje. Especialmente el capitán Fernando de Alarcon le decía con la ruda franqueza de un soldado: «Si V. M. brevemente no viene en persona, ó no envía grande recado de armada de mar, gente y dineros, el ejército y el reino se perderán sin falta ninguna, muy mas presto de lo que V. M. podría pensar. Y no diga que no le aviso y desengaño, que yo con esto cumplo, pues acá no se puede mas (5).» Determinó, pues, el emperador su viaje á Barcelona, donde había de embarcarse para Italia. Á su paso por Zaragoza dió á los aragoneses una señaladísima muestra del interés que tomaba por la prosperidad de aquel reino, condescendiendo en ejecutar por su cuenta la grande y utilísima obra de la acequia de riego que ya les tenía concedida, y que con el nombre de *Canal Imperial de Aragon*, que aun conserva, había de ser grato y perdurable monumento de su cesárea munificencia (6). Mas político ya el emperador, y mas condecor del carácter de los españoles que en su primera estancia en España, supo lisonjear también á los catalanes, no queriendo que le recibiesen como emperador, sino como conde de Barcelona, que entre todos los títulos de los soberanos de España era el que miraban con mas predilección los habitantes de Cataluña.

Cuando todo estuvo aparejado y pronto, hecha la concordia con el pontífice, y tratada la paz de Cambray, en los términos que dejamos relatado en el capítulo precedente, encomendada durante su ausencia la gobernación de España á la emperatriz Isabel, partió Carlos V de Barcelona para Italia (28 de julio, 1529), con una armada de treinta y una galeras y treinta naves, con ocho mil soldados españoles, con brillante cortejo de caballeros y nobles castellanos, catalanes, valencianos y aragoneses, y con toda la magnificencia y aparato de un conquistador.

## CAPÍTULO XV

### Carlos V en Italia

DE 1529 Á 1530

Su recibimiento en Génova.—Favorable impresión que su vista produjo en los italianos.—Sus proyectos de paz.—Concierto con Venecia.—Solemne y doble coronación de Carlos V en Bolonia.—El papa y el emperador.—Tratado de paz general.—Epoca notable en Italia.—Florenia no acepta la paz.—Guerra de Florenia.—Sitio: defensa heroica.—Triunfo de los imperiales.—Muda el emperador la forma de gobierno de Florenia.—Pasa Carlos V á Alemania.

La presencia del emperador en Italia tenía que producir gran sensación en los ánimos, y grandes variaciones y mudanzas en la condición de los Estados italianos. En Génova, donde primero desembarcó (12 de agosto, 1529), los compatriotas de Andrés Doria que le acompañaba le recibieron y agasajaron como al protector de la república. Allí acudieron á felicitarle embajadores de todos los príncipes y Estados de Italia, á excepción de Venecia y Florenia. Y como los italianos, cuyo país tanto había sufrido con la licencia y ferocidad de las tropas imperiales, se habían figurado hallar en el emperador un hombre áspero, adusto, intratable y cruel, sorprendiéronse agradablemente al ver un hombre de buen aspecto, de finos y corteses modales, de suaves costumbres y de apacible trato. De modo, que su vista primero y su porte despues persuadieron á los mas de que no podía haber sido él el causador de las atrocidades cometidas por sus súbditos tudescos y españoles en Milan y en Roma.

(5) Carta de Alarcon al emperador, de 8 de junio, 1529, en Dormer, Anal, lib. II, c. 50.

(6) Cédulas y cartas imperiales de 30 de noviembre de 1528, 21 de abril y 22 de junio de 1529, relativas á la construcción de la acequia ó canal de Aragon: Dormer, Anal, lib. II, c. 51.

Muchos, sin embargo, dudaban todavía si sus pensamientos ó intenciones serían de paz ó de guerra, y teníanlos esto en cierta recelosa ansiedad. Pronto los sacó Carlos de aquella zozobra, y no tardó en disipar sus temores. Ya en España había manifestado diferentes veces que la paz era la cosa que mas deseaba (1). Y aunque quisiera dudarse de la sinceridad de sus palabras y de sus sentimientos, la política y la conveniencia se lo aconsejaban así, y pocas veces se mostró Carlos tan político como en esta ocasión. Dos motivos poderosos y fuertes le obligaban á atender con preferencia á sus Estados de Alemania, y reclamaban su presencia en ellos, á saber: los progresos de las doctrinas reformistas, que traían alterados aquellos países y en un estado de peligrosa efervescencia, y la entrada en Hungría de un formidable ejército turco, de doscientos cincuenta mil combatientes, que ocupaba ya una parte del Austria y había avanzado hasta poner cerco á la populosa ciudad de Viena. Para atender convenientemente á los peligros de aquellas regiones en que tanto le iba, necesitaba dejar tranquila la Italia.

Así fué, que habiéndosele presentado de orden suya en Plasencia (setiembre) el ilustre Antonio de Leiva, á quien el emperador deseaba conocer personalmente, por mas que el afamado capitán le excitó á que continuara la guerra, asegurándole la victoria y representándole la facilidad con que podía hacerse señor de toda Italia, Carlos, sin dejarse seducir, insistió en sus proyectos de paz, y mandó á Leiva que se volviese y se limitase á la reconquista de Parva, que con poca dificultad ejecutó el que tan heroicamente en otro tiempo la había defendido. El duque Francisco Sforza de Milan, que en su angustiosa situación solicitaba la paz con mas necesidad que nadie, halló tan benévola acogida en Carlos, que le envió para tratar de ella al cardenal y canceller mayor del imperio, Mercurino Gattinara: y sabiendo que Leiva lo contradecía, le ordenó que pasase á verle á Bolonia, donde Carlos iba á coronarse. La misma Venecia, privada de la alianza y del apoyo de la Francia por la paz de Cambray, despachó embajadores al emperador en solicitud de avenencia, poniendo por mediador al pontífice. También el César accedió á concertarse con los venecianos, y en su virtud se firmó un asiento, cuyas bases principales fueron: que los venecianos restituirían al pontífice las ciudades de la Iglesia que le tenían usurpadas, así como al emperador los lugares del reino de Nápoles que le habían ocupado en las pasadas guerras, con mas dos mil libras de oro, que le habían de satisfacer en plazos que se señalaron; que en esta concordia sería comprendido el duque de Urbino, capitán general de la república; que lo sería también el duque de Ferrara, si viniese en gracia del papa y del emperador, siendo repuesto en sus Estados; que unos á otros se perdonarían las ofensas pasadas; que se ayudarían mutuamente, etc. Quedaba, pues, solo Florenia, cuya obstinación había de costarle, como veremos luego, una guerra calamitosa.

Hechos estos tratos, y como supiese que le esperaba ya en Bolonia el papa con toda su corte y el colegio de cardenales, partió Carlos de Plasencia, é hizo su entrada en Bolonia (octubre), con una pompa verdaderamente imperial, marchando debajo de un riquísimo palio de oro, que llevaban los doctores de aquella célebre universidad, vestidos de rozagantes ropas de seda: recibieronle el obispo, el clero, el senado, los magistrados, toda la nobleza y juventud de Bolonia con trajes de gran gala: condujéronle procesionalmente hasta la catedral, á cuya puerta se había erigido un estrado riquísimamente tapizado, en cuyas gradas se hallaban sentados los cardenales y obispos, que eran muchos, y en la parte superior el papa Clemente, vestido de pontifical y con la tiara en la cabeza. Los cardenales iban dando el brazo al emperador para subir al tablado. Todas las miradas de aquella brillante concurrencia se fijaron en los dos esclarecidos personajes que por primera vez se reunían en aquel momento solemne. Llenáronse todos de asombro cuando vieron al poderoso jefe del imperio doblar la rodilla y besar con religiosa humildad el pie del soberano pontífice, á quien poco tiempo hacia había tenido

(1) Correspondencia del emperador con Antonio de Leiva desde Toledo.

aprisionado, y al jefe de la cristiandad levantar amorosamente al emperador y darle paz en el rostro. La escena era sublime y maravillosa. Cruzáronse entre los dos mas excelsos príncipes de la tierra palabras afectuosas y corteses, y se despidieron para verse luego y tratar por espacio de muchos días de negocios interesantes á la cristiandad y á la suerte de las naciones. Y en medio de todas estas tiernas ceremonias, llamaba la atención otra escena poco menos sublime: la de los soldados alemanes y españoles llevando en hombros al famoso capitán Antonio de Leiva, mientras los prelados y el clero entonaban el *Te Deum*, acompañando á su canto la música religiosa.

Otro espectáculo no menos interesante se ofreció á los pocos días á los ojos de los boloñeses y á la contemplación de toda Europa. El duque Francisco Sforza de Milan, tan abatido por el emperador, tantas veces reducido á príncipe sin Estado, en cuyo despojo tantas veces se habían empleado las armas imperiales contra las mayores potencias confederadas y ganado por conquistarle tan señaladas victorias, se prosternaba á los pies del emperador para darle gracias por su generosidad, y Carlos le daba cariñosamente el título de duque de Milan. Todos los soberanos de Italia, incluso el Santo Padre, se habían interesado con el emperador en favor de aquel desgraciado príncipe, y la respuesta del emperador fué darle la investidura de aquel Estado y enviarle un salvoconducto para que fuese á Bolonia. Puesto el príncipe á la presencia del César, no hallaba palabras con que expresarle su reconocimiento, y sacando del seno el salvoconducto, dijo que no quería usar de él sino para poner su persona y hacienda en manos de S. M. Añadió Carlos á su fineza la de dar al duque la mano de su sobrina, hija del rey de Dinamarca. Con este rasgo, sea de generoso desprendimiento, sea de bien calculada política, ganó el emperador no poca honra y fama. Renunció á un Estado, y se atrajo muchas voluntades: se desprendió de una conquista, y conquistó muchos corazones (2).

Acabado este acto tan á gusto de todos, tratóse de asentar solemnemente la paz general para la tranquilidad de Italia, entre todos los soberanos, príncipes y embajadores que allí se hallaban presentes, y concluyóse un tratado de paz y mutua defensa (23 de diciembre, 1529), de los mas universales que se han celebrado entre las naciones, puesto que entraron en él el papa, el emperador, los reyes de Francia, de Inglaterra, de Escocia, de Portugal, de Hungría, de Bohemia, de Polonia y de Dinamarca, las repúblicas de Venecia, Génova, Siena y Luca, los duques de Milan y de Ferrara, y los cantones católicos de Suiza (3). Solo dejaron de entrar en esta concordia Florenia y los reformistas de Alemania. El tratado se publicó en Bolonia (1.º de enero, 1530) en medio de las mas vivas y unánimes aclamaciones, y los pueblos colmaban de elogios al emperador, no cansándose de ensalzar su moderación y generosidad, ni de ponderar el inmenso beneficio que les proporcionaba despues de tantos años de guerras y de funestas agitaciones. Carlos no se olvidó de sus buenos coronas generales, y el único sacrificio que pidió á Sforza fué que diese algunas tierras en Milan al marqués del Vasto y á Antonio de Leiva.

Tratóse en seguida de la coronación del emperador, y decidido, despues de algunas disputas sobre si la ceremonia había de hacerse en Roma ó en Bolonia, que fuese en esta última ciudad donde ya todos se hallaban, se señaló día para tan solemne acto, que fué el 24 de febrero (1530), el mismo en que el emperador cumplía sus treinta años, y quinto aniversario de la prision de Francisco I en Pavia. Dos coronas recibió aquel día Carlos V con la mas suntuosa pompa que jamás se había usado, la una como rey de Romanos de manos del sumo pontífice, la otra la célebre corona de hierro de Lombardía que por antigua costumbre se tomaba en Milan, y para lo cual habían llegado dos días antes los magistrados de Monza (4).

(2) Carta del emperador á la emperatriz y á los grandes de Castilla en 23 de octubre.—Guicciardini, Ist. lib. XX.—Sandoval, lib. XVIII.—Robertson, lib. V.

(3) Dumont, Corps Diplomatique, part. II.

(4) Sandoval inserta una larga y minuciosa descripción de las ceremonias de las dos coronaciones.